

Capítulo 22 - Luces Pálidas

- [Capítulo 22 - Luces Pálidas](#)

Capítulo 22 - Luces Pálidas

Decir que a los estudiantes de Skiritai se les permitía escoger las criaturas contra las cuales luchar no sería del todo correcto.

Un cuaderno de cuero gastado, lleno de garabatos que se sospecha eran de la propia caligrafía del mariscal de la Tavarín, había sido entregado a la clase, y en esa escritura excesivamente decorada estaban delineadas tres listas de lepismas. El mariscal afirmó que los observadores de teratología calificaban el peligro de las criaturas en una escala del uno al diez, pero que encontraba esa medida insuficiente, por lo que decidió ofrecerles una diferente: pedernal, hierro y acero.

La lista del Pedernal era para aquellas “decepciones en proceso”. Parecía incluir lemures menores y algunas de las razas más peligrosas de lares, algunas de las cuales debían mantenerse en manadas para representar una amenaza para estudiantes bien entrenados y armados. La lista del Hierro, aseguraba, representaba el nivel de adversarios con los que es más probable que se encuentren en Vesper. En el nivel inferior estaban las manadas de lupinos, mientras que un nemeano — la criatura leona que el grupo de Angharad enfrentó el primer día — se encontraba en el extremo superior.

“La lista del Acero es para aquellos de vosotros que se dirigen ya sea a los libros de historia o a una tumba prematura,” añadió alegremente el mariscal. “¡A veces a ambas cosas!”

Las reglas eran las siguientes: una vez por semana, cada alumno debía formar parte de un grupo de hasta cuatro integrantes que enfrentaran criaturas en los terrenos de Acallar. Se permitía a los grupos escoger a su oponente de cualquiera de las listas que prefirieran. Quienes lucharan en Pedernal y Hierro sacarían un papel del sombrero del mariscal para descubrir contra qué lucharían, pero quienes combatieran en Acero podían escoger directamente de esa lista. Y, a diferencia de las otras, las lemures en la lista de Acero no serían reemplazadas durante el año, haciendo que cada victoria fuera un logro duradero.

En su primer día, una banda de cuatro intentó hacerse notar al enfrentarse a un machakabeta, una serpiente colosal de seis cuernos y un torso superior que parecía inquietantemente humano. La criatura blandía cuchillas hechas de huesos y muchos habían acordado que era la más débil de la lista de Acero.

Mató a la mitad del grupo antes de que transcurrieran treinta respiraciones.

Solo los disparos de mosquetes de los vigilantes lograron devolverla a su jaula el tiempo suficiente para que el Jefe de Policía la encerrara nuevamente. Nadie desde entonces se atrevió a intentar la lista de Acero, y la banda de Angharad no sería la excepción. Eligieron Hierro en lugar de Ábido, pero esperaron hasta el segundo día para avanzar, de modo que pudieran practicar dos formaciones: una para atacar y otra para defenderse. Fueron los primeros en sacar algo del sombrero del Jefe de Policía ese día, aunque el nombre resultó desconocido para todos.

“Monos picudos,” murmuró Angharad mientras atravesaban los terrenos.

“Monos con pico,” añadió Shalini de forma útil.

Que la especie pareciera más humorística que peligrosa no era motivo para bajar la guardia. La Guardia no habría molestado en capturarlos si no representaran algún peligro, mucho menos que el Jefe de Policía los incluyera en la lista de Hierro.

“Los picos podrían indicar que son parecidos a aves,” dijo Expendable, con la vista en el suelo mientras seguía.

La honestidad obligó a Angharad a admitir que no quería mantener al hombre —cuyo verdadero nombre era Velaphi, aunque insistía en que le llamaran Expendable— como parte de su banda. Sin embargo, Shalini había argumentado firmemente a favor de ello. La Pereduri tenía sus sospechas acerca del motivo.

El contrato de Shalini Goel tenía un precio treacheroso, por lo que no resultaba sorprendente que la simpatía por aquel hombre, que parecía tenerlo aún peor, no fuera total. La Someshwari poseía tanto una veta de crueldad como de bondad. Angharad aún podría haberse opuesto al acuerdo, si su último acompañante no hubiera consentido tácitamente cuando el tema se planteó.

“Espero que no,” gruñó Salvador. “Los voladores son complicados.”

El ser silencioso de Sacromonte observaba con cautela la jaula junto a la cual se encontraba el Mariscal, y no sin razón. Las alas eran suficiente motivo para ascender de Flint a Hierro, en opinión de Angharad. Al principio no pensaba así, pero ver a la banda de Muchen He luchar contra una bandada de aves del tamaño de un perro con rostros humanos la había hecho comprender cuán complicado podía ser lidiar con esa movilidad. Esas criaturas tenían poca inteligencia, pero aún así les costó cerca de una hora y varias heridas de carne enfrentarse a ellas.

Mejor asegurarse. Ella metió la mano en la jaula y

/la puerta se abrió de golpe, una bandada de cinco criaturas salió a toda prisa entre gritos, bufidos y alas aleteando. Picos y plumas, pero también pelaje y una cola. Los disparos de Shalini derribaron a una, pero el resto se dispersó y/

suspiró al exhalar. Sería un dolor de cabeza si las lemures lograban dispersarse.

“Formación de lanza, si nos ocupamos de hacerla ahora, será mejor, sin importar si tienen alas o no.”

“De acuerdo,” asintió Shalini con aceptación.

Salvador asintió en silencio y, si Expendable tenía alguna objeción, la guardó para sí mismo. Se desplazaron a sus puestos, no con soltura, pero sí con determinación. Angharad y Salvador se escondieron en el lado derecho de la jaula, con espadas en mano, mientras Shalini cargaba todo su repertorio de pistolas y Expendable giraba su lanza para aliviar la tensión de sus músculos. La

clave del despliegue era la Someshwari, así que fue ella quien llamó al Mariscal para abrir la jaula. Se oyó el sonido de hierro siendo jalado, y justo como en la visión previa de Angharad, la puerta se abrió con un estrépito.

Un disparo, dos, tres — tan rápidos que apenas podía distinguir cada uno — y luego las Pereduri emergieron en estampida, Salvador siguiéndolas.

Las criaturas estaban aún peores cuando las vio claramente. Ninguna menor que un perro, de vivos colores rojo y azul, con un rostro que recordaba a un simio con piel de cuero y un pico afilado al final. El cuello era más peludo que emplumado, al igual que la cola roja que surgía de sus traseros. Shalini había alcanzado a dos con sus disparos, una muerta y la otra retorciéndose, pero Angharad no se detuvo a rematar a la lemure. Salvador, a su lado, se encargaría de ella.

En cambio, ella pasó a la ofensiva.

Los monos con picos estaban agotados y sus ojos estaban fijos en Shalini, atraídos por el precio de su contrato, lo que le permitió derribar a la primera con una ofensiva surdida: un golpe vertical, justo entre el ala y el hombro. Movi6 su muñeca con precisión, incluso mientras un crujido húmedo revelaba que hueso y carne se desgarraban bajo su cuchilla, y al retirar la hoja, los vísceras apestosas de la lemure comenzaron a derramarse. Intentó herirlos de nuevo, pero las bestias eran ágiles. Una se agachó, luego tomó vuelo, y la otra se quedó en tierra, arrastrándose con patas que ella reconoció como las de un mono con garras.

Un gorgoteo detrás de ella, Salvador limpiando lo que quedó del desecho.

Desestimó a la criatura que se alejó y persiguió a la que quedó en el suelo, alargando su zancada, aunque no sirvió de mucho: la bestia era rápida. Cuando ya estaba a más de veinte pies de distancia, se dio vuelta, gritando desafiante y agitándose como si su trasero emplumado fuera una señal de burla, y — su cabeza quedó hecha pulpa roja, el cuarto disparo de Shalini alcanzó su objetivo. Angharad se giró justo a tiempo para ver a la última lemure, enloquecida por el contrato de la tiradora, lanzándose desde arriba en su dirección. La lanza de Expendable se perdió por un cabello, la lemure respondió con una carcajada croadora, pero entonces la Malani la atrapó en el aire con la mano desnuda.

Ella eligió no mirar cómo Expendable lo aplastaba contra la piedra con violencia, aunque podía escuchar el chirrido agudo. Tampoco prestó atención a que sus miembros temblaban convulsos, el monstruo sellado en su interior ansiaba salir y derramar sangre.

El mariscal de la Tavarin solo regresó a la vista después de que el último de los chillidos se extinguiera abruptamente, luciendo algo irritado.

"Eso fue increíblemente aburrido de ver", dijo. "Esperemos que la próxima semana reserve un desafío mayor; una buena espada se apaga cuando se usa para cortar césped".

Angharad se sacudió la sangre de su arma y asintió en señal de reconocimiento.

"Esperemos", estuvo de acuerdo.

Él la miró con intensidad.

"Por mucho que me dé ganas de crear una segunda en ti de inmediato, creo que todavía es temprano en el año", dijo el mariscal. "Vamos, envía a la siguiente banda".

Se juntaron antes de dirigirse hacia la salida, algunas conversaciones de alivio surgieron mientras todos fingían no notar en la esquina de los labios de Expendable la presencia de una pluma. Seguramente no había comido... ¿sería siquiera posible, con los dientes de un hombre? No era como si el mono de pico hubiera llegado cocido y bañado en salsa.

"-cisión, Angharad", decía Shalini. "Esas criaturas parecían mucho más inteligentes que los pájaros que atrapó Muchen, habría sido complicado si se dispersaban".

Angharad aclaró su garganta, ligeramente avergonzada de no haber estado prestando atención.

"Pareció la decisión correcta en ese momento", dijo ella.

"Lo fue", raspó Salvador. "Buen instinto".

En realidad, no eran instintos, y ella se sintió una tonta por hacer trampa, aunque disfrutaba del cumplido. La conversación se interrumpió cuando subieron las escaleras, emergiendo en el balcón donde los estudiantes esperaban hasta que terminaban las peleas del día. Como de costumbre, el amplio espacio apenas se utilizaba; pequeños grupos de estudiantes buscaban refugio en sus propios rincones, y otros más se sentaban cerca del borde del balcón para mejor observar la violencia. Su llegada recibió algunos saludos amistosos, pero sin la algarabía que acompañaba ciertas peleas anteriores.

La suya, Angharad admitió, no había sido lo suficientemente emocionante para merecer tal atención.

No obstante, eso resultaba suficiente para justificar otra cosa: descansar junto a la cima de las escaleras, como un leopardo en reposo, esperaba un Lord Musa Shange impecablemente vestido. Se enderezó al verlo, estirándose de manera que atraía la mirada hacia sus músculos. Todo lo que el hombre hacía parecía un acto teatral.

"¿Qué deseas?", preguntó Shalini.

Un poco de rudeza, pero Lord Musa apenas había recibido cortesía alguna de la Trigésima Primera.

"Una conversación privada", respondió el hombre, asintiendo hacia ella. "Lady Angharad".

"Lord Musa", respondió ella con fría compostura.

"Eso va a ser...", empezó Shalini, pero Angharad le puso suavemente una mano en el brazo.

"Yo puedo hablar por mí misma", dijo ella.

Aún con delicadeza, pese a la presunción. Su amiga hablaba por cuidado, y Angharad le debía mucho a Shalini y al resto de la Brigada Trigésima Primera. Habían dependido de su amabilidad en muchas ocasiones desde que se mudaron de la cabaña.

"No vamos a abandonar la plaza", informó a Musa.

Su rostro se tensó, pero no discutió. ¿Cómo podría hacerlo, cuando su propio capitán era un bandido conocido? Ella asintió tranquilamente a sus acompañantes y siguió a Malani por unos peldaños de bancos, lo suficientemente lejos para que no pudieran escucharlos fácilmente. Sin embargo, una vez allí, el hombre parecía indeciso.

—¿Qué puedo hacer por ti, Lord Musa? —preguntó Angharad.

Solo era un poco más educado que lo que Shalini había mencionado, pero ella tampoco le mostraba mucha cortesía.

—Se me ha señalado —replicó Musa con rigidez— que la discordia entre nosotros podría ser innecesaria.

Sus cejas se alzaron, pero no dijo nada. El Pereduri no tenía intención de pedir perdón por haber intervenido cuando intentó obligar a Zenzele a un duelo. Aunque en aquel momento aquello fue en gran parte una excusa, seguía siendo cierto que la falsa Yaretzi que intentó matarla había recibido monedas de Sandile. No por su muerte en sí, sino porque la conexión permanecía.

—Hablé contigo de manera descortés sin motivo justificado —admitió Lord Musa—. En mi ansia por vengar el insulto a mi primo, yo mismo causé un insulto. Retiraría mis palabras de esa noche, si me lo permites.

Angharad disimuló su sorpresa. Retirar las palabras solía ser una forma de disculpa entre la nobleza de Malani, ya que evitaba reconocer la culpa directamente mientras mostraba el deseo de restaurar las relaciones a su estado previo a la expresión. Nunca había valorado mucho aquella costumbre. Las disculpas debían ofrecerse cuando uno había cometido un mal, y el hecho de darlas manchaba el honor, pues esa era la verdadera intención, no una desafortunada coincidencia. Si una noblewoman cometía algo que requería disculpas, esa mancha era bien merecida.

Pero sus amigos de la Isla del Medio calificaron esa opinión como 'encantadoramente provincial', por lo que ella no ignoraba que esa no era la visión de Malani. Según sus estándares, Musa estaba haciendo un esfuerzo genuino.

—Por la falta de respeto que se me ha mostrado, doy por zanjado —contestó Angharad tras una breve pausa de duda—.

Eso enterraba la enemistad personal entre ambos, pero dejaba claro que ella seguía apoyando a Zenzele y al trigésimo primer. Como debía ser, Dormilón. Habían sido sus amigos antes, pero ahora eran también sus benefactores.

—No hay nada más que quiera retirar —replicó rotundamente Lord Musa.

Ella podía respetar eso. Musa tenía motivo para enojarse en nombre de su primo. Al romper su compromiso y rechazarla abiertamente, Zenzele había dañado su reputación ante todos sus pares. Los rumores la seguirían durante años, aún más considerando que los Sandile formaban una gran casa y los Duma eran menores —¿por qué habría el joven huido de un matrimonio tan ventajoso, si no fuera por algún defecto oculto por Lady Arafa?

En lo profundo, Angharad pensaba que Musa tenía más razón que equivocación. La Casa Duma había tratado mal a Zenzele, comprometiéndolo sin su participación, consentimiento o incluso conocimiento; sin embargo, eso no era culpa de la Casa Sandile, y su reputación seguía siendo despreciada por aquel asunto. Pero eso no excusa —pensó Fríamente— el uso de asesinos. Esa mancha negra no era de Musa Shange, y él no debería ser responsable por ello.

—Es tu derecho —aceptó Angharad.

Él asintió en señal de reconocimiento, pareció complacido de que ambos se comprendieran.

—Como gesto de buena voluntad, te invitaré a cenar —sonrió Musa.

Angharad controló su expresión. En Malan, habría tenido que cuidar bien sus palabras. No conocía mucho de la Casa Shange, pero parecían bien conectados y probablemente más ricos que los Tredegar. Evitar ofender al rechazar su invitación habría sido primordial. Pero ambos eran ahora Vigilantes, y en teoría ninguno estaba por encima del otro. Podía responder con sinceridad, y esa idea le resultó tan novedosa que no pudo evitar deleitarse con ella.

—La compañía íntima de los hombres no me atrae —respondió con franqueza.

Musa aclaró educadamente con un estornudo en su puño, aunque no tan rápidamente que ella no viera la sombra de una sonrisa.

—No es ese tipo de invitación, Lady Angharad—dijo—. Algunos de nosotros, de nacimiento noble de las Islas, nos reuniremos para una cena privada en las Galerías el próximo día cuarto. Se habló de invitarte, y yo me ofrecí para extender la invitación.

Probablemente convirtiendo la conversación en una decisión al hacerlo, un gesto adicional de buena voluntad. El hombre parecía serio en querer enmendar.

—Sería un honor para mí—dijo Angharad, inclinando la cabeza en señal de agradecimiento.

—Y para nosotros—respondió Lord Musa con facilidad.

Hizo una pausa.

—Si buscas contratar los servicios de un sastre, Sebastian conoce a uno que está familiarizado con nuestras modas—dijo el noble—. Él se ofreció a presentarte, si deseas.

Era un esfuerzo no apretar los dientes con fuerza. ¿Un hombre que la había robado quería compartir un sastre? Ella preferiría ir desnuda.

—Lo tendré en cuenta—dijo.

Los labios de Musa se contrajeron ligeramente.

—Pensé que esa sería tu respuesta—dijo el joven malani—. Verás, mi señora, que sus pertenencias, aunque temporalmente ausentes, esperan por usted en el Hotel Rainsparrow. Dale la señal al conserje y te las traerán a tu habitación.

Musa hizo una media reverencia, que Angharad respondió con un ligero retraso en corresponder.

—Sebastian solo tenía animosidad con la Brigada del Decimotercer—prosiguió—. Nunca con Angharad Tredegar en persona. Puedes tenerlo en cuenta en adelante.

Con eso, se despidió, alejándose con gracia mientras Angharad quedaba observando cómo se alejaba. La noblewoman no era tonta; confundir la extracción de una espina con un favor correspondido sería un error, pero casi hubiera sido igual de ingenuo no reconocer que el capitán Sebastian hacía un gesto, sin que nadie le forzara a ello, sin que mediara una provocación. Ella sabía que no era por pura bondad de su corazón, desde luego. Angharad tenía razón en cierta manera: ella estaba siendo cortejada.

Pero no como mujer, sino como una espada.

—

Tras un baño y un cambio de vestimenta, lo último que Angharad quería era volver a las calles, aunque no podía evitarlo. Había postergado demasiado esta tarea.

Sus alojamientos en el Hostal Rainsparrow no valían la pena para prolongar la estadía. La habitación era un vestuario exagerado y, ni siquiera al volver a recoger sus cosas, lograba que pareciera menos vacía. Era la desolación de las paredes, pensaba Angharad. No se pretendía que la habitación fuera algo más que un paso por ella. No como la cabaña, donde todos—

—No, mejor la habitación desnuda que la cabaña. Por triste que fuera, no mentía. Había cosas de aquella noche que Angharad lamentaba, pero irse no era una de ellas. Le había hecho bien alejarse del tumulto. Estar en esa habitación había parecido como si no tuviera otra opción que luchar por volver, pero era una ilusión. Sería una ingratitud no devolver los favores hechos a su favor en el Dominio, pero ella no era una sierva izcalli destinada a servir al Decimotercer hasta la muerte.

Podía irse si quería, y después de tres días alejadas del grupo, había llegado a creer que eso deseaba. Tirando del abrigo más apretadamente alrededor del cuello, Angharad asintió al hombre con el manto negro frente a ella, al salir por la puerta. El hombre había confirmado anteriormente las palabras de Lord Musa: sus pertenencias, que le habían sido sustraídas, habían sido devueltas y no aguardaban a su conveniencia.

Angharad aún no había decidido si aceptaría el gesto.

Las tardes en Port Allazei eran frescas, templadas por la brisa marina, aunque las calles todavía estaban llenas de siluetas encapuchadas. Como una de las tres calles principales que delimitan el Triángulo, la Calle del Hostal seguía abarrotada de soldados y estudiantes, pese a que ya se aproximaba la hora de las seis. Solo unos instantes después de pasar por la puerta, Angharad fue saludada por un conocido, el capitán Philani del Trigésimo Octavo, y aminoró su paso para conversar con la amable Malani.

Charla trivial – el Trigésimo Octavo no contaba con un Skiritai, le intrigaba saber sobre la clase –, pero él tenía una pregunta.

“¿Vas a estar en Dregs esta noche?” preguntó el capitán. “La mayoría de mi batallón estará allí, pensé en presentarnos.”

“Creo que sí,” respondió Angharad. “Ferranda ha estado tratando de convencerme de que su pastel de pescado se puede comer, supongo que debería probarlo.”

‘Dreg’s Draughts’ era una taberna junto a los muelles, cuyo letrero había sido rápidamente vandalizado para ostentar que se llamaba ‘Dregs’ en su lugar. Los dueños, lejos de sentirse ofendidos, habían aceptado el cambio. Aunque su cerveza era casi insultantemente mala, también era barata y abundante, lo que hacía que aproximadamente un tercio del personal de la Scholomance pasara por esas puertas cualquier noche.

“Cocina de Lierganen,” coincidió Philani, poniendo los ojos en blanco. “Casi parece mentira decir esas palabras.”

Angharad mantuvo a raya una sonrisa.

“Hacen unos jamones excelentes,” respondió con lealtad.

Se despidieron entre risas. Apenas dos esquinas más adelante, se topó con el capitán Nenetl del Tercer Escuadrón, en conversación con otros dos, pero la izcalli le llamó y le presentó a ambos.

“Izel Coyal, te presento a Angharad Tredegar,” dijo.

Izcalli, pensó al escuchar el nombre. Un hombre alto, de hombros fuertes y que parecía desprovisto de cabello incluso según los estándares de los habitantes de Aztlán. Asintió en señal de saludo, que ella le devolvió.

“Y—”

En un instante, Angharad reconoció al rostro de la otra persona. Le pareció familiar.

“¿Kiran Agrawal?” interrumpió.

El someswhari pareció sorprendido, con una expresión agradable.

“Así es,” respondió.

Angharad le sonrió y explicó a Nenetl.

“Ambos somos Skiritai,” dijo. “Su escuadra enfrentó la semana pasada a una especie de lemur toro, y me impresionó su trabajo con la lanza.”

“Gracias,” respondió el hombre, con acento suave. “Tu destreza con la espada es extraordinaria, como seguramente sabes.”

“Oh, por favor, no hagamos que esto se convierta en otra sesión de halagos con espadas,” suspiró la capitán Nenetl.

Con una risa, solicitó el apoyo de Izel para cambiar de tema — parecía ser un Tinkerer, aunque Angharad creía que esos callos en su mano también podrían provenir del entrenamiento— y la conversación no duró mucho después de los saludos. Ambas pertenecían a la Decimonovena Brigada, aprendió ella, y en verdad compartían clases con Angharad. Sus brigadas simplemente nunca se habían encontrado formalmente.

Esa última información ensombreció la sonrisa de Angharad, llevándola a terminar la charla prematuramente. ¿Qué era lo que mantenía a la Decimonovena alejada de ellos—¿el nombre de Song, los enemigos que Tristan traía, o simplemente otra de las muchas marcas negras en la Tercera Brigada que ella nunca quiso notar? Había sido tan ciega.

Solo tres noches con la trigésimo primera habían sido suficientes para abrir sus ojos. Su brigada estaba dividida entre dos pequeñas casas cerca del borde occidental del Triángulo, Rong y Zenzele compartían una, mientras Shalini y Ferranda compartían la otra. La única disposición apropiada: Zenzele era un joven viudo, o algo cercano a ello. Que él viviera con dos mujeres solteras sería considerado un escándalo. Angharad había cenado en la primera y en dos ocasiones había acompañado a esas mujeres hasta Dregs, y la diferencia había sido...

Dios durmiente, ella había extrañado la sociedad. La cabaña era tan aislada, lejos de todo. Había en ello cierta intimidad, pero también una cierta monotonía. Poder salir en compañía sin preocuparse por el nombre de Song o el palidez de Maryam había sido un soplo de aire fresco. En los últimos cuatro días había conversado con más compañeros de sus estudios que desde que desembarcó en Port Allazei.

Parecía como si le hubieran liberado de una celda.

Incluso el simple acto de terminar las lecturas de la Saga con el trigésimo primero en primer día, compartiendo mesa con ellos en el Crocodilian, había sido refrescantemente sencillo. El cónclave de Ferranda no era sin dificultades, Rong solía irritarse con Shalini por su despreocupación, mientras que Lord Zenzele luchaba por expresar sus opiniones sin pisar los pies de su capitán, pero los peligros eran tan bajos. Nadie lidiaba con cargas aplastantes, incendiaba casas o reportaba ser expulsado de su propio pacto.

Habían leído las asignaciones de sus profesores, compartido una jarra de mal sidra y salido temprano a comer. Nadie murió ni lloró en el proceso.

El resto del camino hasta su destino no era lejos. Dejó la Calle de los Hostales por la Avenida del Regente, y luego siguió hacia el sur, rumbo a las barracas de la guarnición. Allí había agrupaciones de pequeños patios abandonados, que a veces se utilizaban por los estudiantes para practicar y luchar entre sí. La casa que buscaba le había sido bien descrita, y la pancarta roja destacaba lo suficiente para no confundirla. Arrastró los pies el resto del camino hasta las puertas abiertas, escuchando los sonidos de una escaramuza en el interior.

Parte de Angharad quería encontrar una excusa para no cruzar ese umbral, pero eso era debilidad. Ya había usado esa excusa y sus circunstancias modificadas durante demasiado tiempo. Componiendo su expresión con elegancia, la noble tomó una respiración profunda y atravesó las puertas abiertas del patio.

El interior estaba desgastado, pero aún en un estado lo suficientemente decente, un amplio patio de entrenamiento con una galería superior que lo rodeaba. Los estantes de armas se habían desplomado hace tiempo en chatarra, pero alguien había clavado recientemente espigas en la pared de piedra para colgar algunas armas de entrenamiento. Algunas de ellas estaban en uso, como ella observaba: Tupoc Xical, con un hacha opaca y un puñal en mano, bailaba alrededor de la chica Tianxi de su cábala, marcada por las quemaduras y un ojo turbio. Ella empuñaba una lanza larga, el arma básica de las milicias republicanas, y su alcance debería haber puesto en aprietos a los Izcalli.

En lugar de eso, él jugaba con ella, atrapando el asta con su hacha o puñal antes de lanzarse para acabar con golpes mortales, que nunca eran más que toques, y volvía a comenzar. Angharad tardó dos rondas en entender que la chica se enfadaba y sudaba cada vez más por no poder conectar golpes, y entonces comprendió lo que Tupoc hacía. Intentaba romper su hábito de entrenamiento y enseñarle la distancia apropiada para duelos, en lugar de la marcha y la acometida que exigían las Repúblicas.

Tras la tercera pasada, la llamada "Pérdida Aceptable", como recordaba que se llamaba la Tianxi, parecía tan enfadada que casi rompe su propia lanza.

"Eres mucho mejor en esto," dijo. "No tiene sentido—"

"No tiene sentido que apunte a donde yo estoy," le interrumpió Tupoc. "Debes apuntar a donde yo voy a estar."

Ella parecía a punto de discutir, pero él levantó una ceja sobre esos ojos pálidos y esa Tianxi suspiró. Solo entonces echó un vistazo a Angharad, que aún permanecía junto a las puertas, y escupió antes de marcharse. Había una pequeña puerta bajo las galerías que Angharad había pasado por alto antes.

"Angharad Tredegar," la saludó Tupoc. "Ya empezaba a pensar que nunca vendrías a recoger."

"Simplemente tenía otros asuntos que resolver," respondió Angharad.

"Sí, a volver a la Rainsparrow," reflexionó el hombre. "Escuché."

Angharad guardó silencio, sabiendo que darle alguna cuerda para jalar sería un error. Tras un momento, el hombre soltó una risita. Hizo un gesto hacia las armas de entrenamiento apoyadas en la pared.

“¿Te apetece un encuentro de combate?” preguntó.

“No,” respondió con frialdad. “Vine por—”

“¿Sabías,” interrumpió Tupoc con tono ligero, “que ahora solo quedan sesenta y ocho cábilas?”

Angharad frunció el ceño.

“No recuerdo cuántas había antes,” admitió.

Pensó que Song podría haber mencionado esa cifra de pasada, pero no había memorizado el número.

“Setenta y dos al comenzar las clases,” le dijo. “Una cayó por expulsión de su Stripe de Scholomance, pero para las demás no hubo nada cercano a eso.”

“¿Muertes?” preguntó con gesto preocupado.

Ahora había ocho estudiantes Skiritai muertos, aunque la señora Knit, que gobernaba el hospital, parecía capaz de curar casi todo menos la muerte. Había oído rumores de más fallecimientos en Port Allazei y hasta de un estudiante llevado por Scholomance, pero nada que se atreviera a llamar un hecho.

“Conflictos,” respondió Tupoc. “Y también, saqueo. Las primeras muertes ocasionaron huecos en las brigadas, cuyos capitanes reclutaron para llenarlos. Las brigadas en formación tuvieron que saquear, y así sucesivamente, hacia abajo en la cadena.”

“Hasta el peldaño más bajo,” dijo Angharad, ladeando la cabeza. “Esas llegaban a colapsar.”

Él asintió.

“Y se convertían en piezas de repuesto para que las brigadas escogieran,” añadió. “Al cambio de mes, muchos desesperados estarían dispuestos a hacer cualquier cosa para que una cábila los acogiera.”

¿Una advertencia, Tupoc? cuestionó ella.

Él sonrió.

“Simplemente me preocupa la salud del Decimotercero,” dijo con piedad. “Primero, te mudaste de su escondite secreto, y ahora la mayoría de vosotros ha dejado de hablar en público. Incluso tu rata de mascota dejó de asistir a las clases.”

Los dientes de Angharad se apretaron. Tristan había estado ausente hoy y el día anterior, aunque le habían asegurado que todavía vivía.

“¿Por qué te importaría si hubiera problemas?” bufó ella con indiferencia.

“Porque, Tredegar, todos somos viejos amigos,” dijo Tupoc. “¿Cómo no preocuparme por queridos compañeros como tú, Song o Maryam?”

“Solo te considero una conocida,” replicó fríamente.

Desafortunadamente, solo se mostraba entusiasta ante sus palabras. La poca paciencia que había traído aquí comenzaba a agotarse.

“No vine aquí para entretenerme,” afirmó Angharad. “Me prometiste respuestas, Tupoc. Dámelas.”

Se recargó contra su hombro con el hacha y tarareó.

“Esa noche estuve en medio de todo,” habló. “Muy parecido a ti.”

Ella asintió.

“Lo recuerdo.”

Él había sido uno de los que enfrentó a los cultistas con acero en lugar de pólvora negra, manteniendo a raya a los invasores.

“No creo que ninguno de vosotros haya entendido cuán ajustada estuvo esa escaramuza,” reflexionó Tupoc. “Si no fuera por los fusiles en las escaleras, habríamos enfrentado a toda la banda y habríamos sido arrasados. Si no fuera por la ferocidad de nuestra línea de defensa, unos pocos de sus guerreros podrían haber destruido nuestra línea de fuego en cuestión de instantes.”

Hizo una pausa.

“Los combatientes expertos en enfrentarse a soldados saben que es mejor no asaltar una posición firmemente atrincherada,” continuó el izcalli. “Dado el buen camuflaje que ofrece un bosque oscuro, temía que su capitán enviara algunos guerreros a rodear y atacar a nuestros mosqueteros.”

— Así que mantuviste la vigilancia detrás de nosotros — afirmó Angharad.

— Tanto como la lucha lo permitió — respondió Tupoc. — No alcancé a ver quién disparó a Isabel Ruesta, en Tredegar, pero por la forma en que cayó al suelo puedo decirte quién no fue: el Culto del Ojo Rojo.

Ella respiró profundamente.

— ¿Estás segura? — insistió.

— Ella estaba mirando hacia la torre cuando le dispararon — afirmó Tupoc.

Y la bala de mosquete había impactado en la parte frontal de su rostro, no en la parte posterior de su cabeza. Angharad había pensado que había sido volteada por el disparo. Cerró los ojos. ¿Quién había estado allí arriba? Cozme y Tupoc habían estado en medio del combate con ella. ¿A quiénes dejaba? Brun, que estaba enamorado de matar y era el más cercano al cadáver. No llevaba mosquete, solo un pistón. Lan, a quien Angharad nunca había visto usar un arma. Shalini, que también solo había empleado pistones. Y luego sus dos francotiradores: Ferranda Villazur y Song Ren.

Angharad aún recordaba el último latido de ese enfrentamiento: un disparo desde los árboles, y luego otro cerca de la torre, donde estaban Ferranda y Song.

— O Villazur, o tu queridísimo capitán — dijo Tupoc, reflejando sus pensamientos. — Esa es mi mejor suposición.

— ¿Y no dijiste nada? — le permitió responder con aspereza.

Él encogió los hombros.

— Pensé que podría necesitar ese pequeño dato si alguno de ellos intentaba colgarme — respondió. — Era mejor mantenerlo en secreto hasta poder aprovecharlo, y ahora lo he hecho.

— ¿Testificarías a favor de esto? — preguntó ella.

Se echó a reír. Fue un ruidoso, feroz y molesto minuto completo hasta que se quedó sin aliento.

— Oh, dioses — exhaló Tupoc —. Eso acabó de alegrarme la semana.

— Esto no es asunto para reírse — afirmó ella.

— Lo es — replicó el Izcalli —. Todo lo que sucede en el Dominio goza de amnistía, ¿recuerdas? Incluso si Ferranda confesara ante un tribunal de la Guardia mañana, sus palabras ni le valdrían una reprimenda.

Por mucho que quisiera borrarle esa sonrisa de la cara, tenía razón de forma desagradable. En lo que respectaba a la Guardia y sus leyes, el Dominio ya estaba definido. Sin decir más, Angharad se volvió y salió caminando. Tupoc no le había dado motivos suficientes para insultarlo, solo para menosmoralidades de este tipo. Ignoró sus burlones llamados, con los dedos aún apretados en puños.

No era una prueba irrefutable, pero no era nada en absoluto. Y algo salió aún más claro.

Angharad necesitaba sentarse con Song Ren para decirle que, cuando terminara el mes, ella abandonaría la Brigada del Décimo Tercer.